

Suplemento de 

“LA PROTESTA”



LA LIBERTAD: Para ti... el cielo. Para mi la Tierra.

Número suelto: 10 ctvs.

Suplemento de "LA PROTESTA"

Año I

Buenos Aires, Febrero de 1909

Núm. 10

NOTA ARTÍSTICA



La ciencia y la vida

Nueva derrota de la teoría de la generación espontánea

Los experimentos de Dubois y la enorme publicidad dada á los resultados obtenidos en el Cavendish Laboratory por el joven físico inglés J. Butler Burke, no parecen haber convencido á nadie sobre la posibilidad de una creación de la vida al alcance de todos. Se conoce el rasgo esencial del descubrimiento de esos sabios sobre el cual se epilogó, de donde se sacaron precipitadamente varias conclusiones, cuyo alcance, aumentado á capricho, ha habido precisión de moderar.

Tratando de conocer cada vez más las cualidades extraordinarias del radium, Dubois, de Lyon, en noviembre de 1904, y Burke, en mayo de 1905, creyeron que poniendo una partícula infirma de ese metal en un caldo desprovisto de todo microbio y de todo género de vida, podían allí aparecer ciertos seres rudimentarios, es verdad, pero vivientes. De ahí á hacer del radium un manantial de vida, no hay más que un paso, y el paso lo dió el espíritu público deslumbrado todavía por las curiosas propiedades atribuidas al radium desde su descubrimiento por los esposos Curie.

Parece hoy que los radiobos, seres cuya paternidad atribuye Burke al radium, no tienen nada que les haga comparables á seres vivientes, por rudimentaria que se suponga su vida, y por el momento no creemos que la generación espontánea, apenas vencida por las teorías pasteurianas, pueda emprender con éxito una lucha completamente abandonada.

Todo ello no pasará de una nueva etapa en la ardiente controversia, sostenida hace siglos, por espíritus clarividentes y por sabios, con motivo de la teoría de la generación espontánea. Vallanzani, en el siglo XVIII, restando el adagio de de Haeroviene de un

ro hay otro hecho que se halla muy bien puesto de relieve en el estudio documentario y precioso de Boinet, la marcha seguida en el curso de las edades por la medicina, que, primeramente sacerdotal, misteriosa y espiritualista después, llegó á ser, al entrar en el dominio de las realidades científicas y de los datos experimentales, enemiga del misticismo curandero y del sacerdote charlatán.

La medicina primitiva nació y se desarrolló en el misterio de los templos. El problema del bien y del mal, simbolizado por Horus y Tiphon de los antiguos egipcios la flor abierta y marchita, la leyenda de Bolkur y Loki de los germanos, el combate de Ahriman, con Ormuzd de los persas, la oposición de Dios y el Diablo, el antagonismo de la vida y de la muerte, se hallan en el origen de la mayor parte de las religiones y de las ideas médicas primitivas. También los sacerdotes imploraban al buen genio y trataban de expulsar el mal espíritu, causa del mal, por medio de prácticas religiosas, tales como los conjuros, los encantamientos que se hallan en los himnos védicos, los libros de los Lamas, los ritos terapéuticos de Caldea y de Asiria. Los himnos del Rig Veda indican la manera de tratar la lepra, la tisis pulmonar y de curar las mordeduras de las serpientes.

El papiro de Berlín, encontrado en 1826, por Pasalaca, cerca de las pirámides de Sakkara, contiene ciertas prescripciones médicas y algunas guías de fórmulas mágicas. Los sacerdotes renunciaban preparando un remedio. El papiro de Ebers, en el que se invocan al demonio de la inflamación, y de los tumores. Los egipcios conocían setenta y tres enfermedades, reveladas por el color de la sangre.

En ciudad ejerciendo la medicina. La Cábala administraba anillos curativos y fórmulas mágicas. Hermes Trimegisto, antiguo rey de Menfis, compuso libros herméticos que contenían la revelación científica, la fórmula de la gran obra, la panacea universal, los signos mágicos, las inscripciones spagíricas de la Mesa de Esmeralda y el instrumento de Hermes, tabla de cifras de combinaciones pitagóricas que permiten pronosticar el final de la enfermedad. La cura era mística con símbolos, actos mágicos, conjuros, invocaciones á los espíritus etc.

Según las tradiciones de Zoroastro, la asociación de una planta, de un ave, de una piedra y de un veneno permitía reunir sus virtudes especiales contra una enfermedad determinada. Ochenta de esas combinaciones están indicadas en el libro de las Cirámides, atribuido á Hermes Trimegisto. Los escocios estudiaban también una medicina mística en las que las frases de las Escrituras, las palabras y las letras tenían un sentido oculto.

Esta mentalidad tímida que incitaba á los hombres ignorantes de hace más de treinta siglos á recurrir á los encantamientos para librarse de la enfermedad, no ha desaparecido aun. Lejos de ello, ¿no vemos todos los días los asustados supersticiosos confiar á los altares pobres moribundos, para que se aleje, expulsado por un agua bendita y sucia, el espíritu maligno que se considera como la causa de la enfermedad? ¿No vemos á los sacerdotes escépticos, pero astutos, intentar curaciones á fuerza de exorcismos remunerados, de dementes que se llevan á sus templos?—El miedo creó los dioses; el miedo impulsa á tantas prácticas embrutecedoras á los creyentes de nuestros días, y la ignorancia de la verdadera naturaleza de los fenómenos crea el miedo.

Hipócrates, que nació en Cos en el curso del V siglo antes de nuestra era, iniciando en medicina el método bienhechor y esencial de la observación, estableció una reacción tal, que con él la medicina se libró del yugo de la teocracia y de la metafísica, que impedían la investigación científica invocando las fuerzas sobrenaturales para explicar los fenómenos más elementales.

Al espíritu observador que le animaba debió Hipócrates el título de padre y fundador de la medicina.

Bajo los efectos de tan benéfico impulso, realizó la medicina grandes progresos, libre ya de toda traba, y se vió á la cirugía hipocrática disponer de un rico arsenal de máquinas de reducción de luxaciones y de aparatos de fracturas. La trepanación de los huesos del cráneo, la abertura del enfisema y de los abscesos del hígado se practicaban como cosa corriente. Los Epidios incindían los viñones supurantes, trepanaban una costilla para evacuar los rames fluviales, arrancaban los pólipos y recurrían á la trepanación para ciertas afecciones del cerebro. «Actualmente, dice Bouchard, la disciplina médica es la hija y la heredera de esa escuela hipocrática que tenía por base la observación, y que por este motivo, contenía en potencia todos los descubrimientos de los siglos ulteriores.»

Pero ese impulso dado á la medicina por el espíritu hipocrático había de detenerse y permanecer estacionario durante todo el curso de la Edad Media, porque entonces reinaron de nuevo doctrinas contrarias á todo observación, procedentes de Judea, donde, según la frase de Renán, «sopla un viento de abstracción y de muerte.»

La medicina, convertida bajo el nombre de física, en una rama de la filosofía, fué profesada por los sacerdotes en los monasterios del nuevo dios. Era una perfecta vuelta atrás, y fué preciso esperar el siglo XII para ver nacer una escuela de medicina en Montpellier. Y aun esa escuela fué fundada por Arabes y Judíos.

En aquella época de duración de quince siglos dominó en absoluto el razonamiento escolástico, ¿y qué era sino todo lo contrario del razonamiento experimental? «El escolástico, dice Claude Bernard, no duda jamás de su punto de partida, al que quiere referir todo; es orgulloso é intolerante y no acepta la contradicción. El experimentador, por el contrario, no cree poseer la certidumbre absoluta, pero llega á dominar los fenómenos que le rodean y á extender su poder sobre la naturaleza.»

Los alquimistas fueron los primeros que se empeñaron en infringir las re-

glas de esa escolástica, cuyo tiránico yugo sujetó á la Edad Média, y, á este título no merecen el desdén en que se les tiene. Pero principalmente á los métodos de Bacon y de descartes se debe el renacimiento de la medicina.

Bien es verdad que todavía hubo vacilaciones en el curso de los siglos XVII y XVIII, pero una vez en el siglo XIX la medicina marchó á grandes pasos, de descubrimiento en descubrimiento,

viéndosela ya fecunda, humana y gloriosa por el descubrimiento de la célula, debido á Schwann, por el estudio de la fisiología y de la patología celular, efectuado por una pléyade de sabios que va desde Virchow hasta Ives Delaye, y sobre todo por la obra de Claudio Bernard y la era de las teorías pasteurianas.

Ives MICHEL.



El sufragio universal

Hay siempre dos extremos entre los cuales hay que elegir; y es á veces difícil determinar cual está en el punto de partida y cual en el punto de llegada. En moral, por ejemplo, tenemos que decidirnos entre el egoísmo ó el altruismo absoluto, y en política entre el gobierno mejor organizado que sea posible imaginar,—un gobierno que dirija y proteja los menores actos de nuestra vida,—ó la ausencia de todo gobierno. Ambas cuestiones son todavía insolubles. Sin embargo es permitido creer que el altruismo absoluto es más extremo y está más cerca de nuestro fin que el egoísmo absoluto, así como la anarquía es más extrema y está más cerca de la perfección de nuestra especie que el gobierno más minuciosamente, más irreprochablemente organizado, tal como el que se podría, por ejemplo, imaginar en los últimos límites del socialismo integral. Es permitido creerlo porque el altruismo absoluto y la anarquía son las formas extremas que requieren el hombre más perfectos. Y nuestras miradas deben dirigirse hácia el lado del hombre perfecto, pues debemos esperar que hácia es lado se encamine la humanidad. La experiencia afirma que se corre menos

riesgo de equivocarse dirigiendo los ojos hácia delante que dirigiéndolos hácia atrás, mirando lo que está demasiado arriba que lo está demasiado abajo. Cuanto hemos obtenido hasta ahora ha sido anunciado y en cierto modo llamado por aquellos á quienes se acusaba de mirar demasiado arriba. En la duda es, pues, más juicioso decidirse por el extremo que supone la humanidad más perfecta, más noble y más generosa. Es ésta la respuesta que ha podido darse á los que preguntaban si convenia acordar á los hombres, á pesar de sus imperfecciones actuales, una libertad tan completa como fuera posible: Sí, es deber de todos aquellos cuyos pensamientos preceden á la masa inconsciente destruir todo lo que estorba la libertad de los hombres, como si todos los hombres merecieran ser libres, aunque se sepa que no lo merecerán sino mucho tiempo después de su liberación. El uso armonioso de la libertad no se adquiere sino por un largo abuso de sus beneficios. Solo se puede tenerla esperanza de descubrir el ideal mejor yendo primero al ideal más lejano y más alto.

MAURICE MAETERLINCK

Deismo y ateísmo

«Dio é uguale al nulla; né quí né colá tu lo trovi. e piú vorrestí afferrarlo, piú ti stuge».

La superstición religiosa es una de las enfermedades mentales que constriñen al género humano. Es una enfermedad tan vieja como el mundo. Como la locura, como el idiotismo, como la sífilis, esta enfermedad, contra la cual los médicos no han hallado un remedio eficaz, se trasmite de padres á hijos, de generación en generación. Los efectos son terribles; debilitamiento de la facultades intelectuales, rotura de las energías, reducción del criterio en el cumplimiento de los actos, embrutecimiento y demencia. Esto por lo que atañe al individuo. Y por lo que concierne á la sociedad; ignorancia, miseria y esclavitud.

El creyente es á veces cobarde, otras feroz hasta el salvajismo; apegado al principio «cada uno para sí y Dios para todos», es brutalmente egoísta. No se atreve á discutir las ideas que sus padres le enseñaron presentándose como justas y buenas. Todos aquellos que en materia religiosa no piensan como él, son bestias, son enemigos. De ahí su irracionalismo.

Por más que la ciencia haya arrojado cantidad enorme de luz sobre el universo, desvaneciendo por completo las viejas y falsas teorías de los sacerdotes, y por más que se aya hatraído, por los buenos resultados obtenidos por sus árdas investigaciones, la atención de las más cultas y emancipadas, aun no ha logrado hacer entrar un rayo de verdad en el cerebro de tantos ignorantes. Y es una cosa que desconsuela tener que hacer constar que en los albores del siglo XX una gran parte de individuos, por no decir enteras poblaciones, siguiendo la falsa opinión de los pueblos más bárbaros de la antigüedad, sin que de ella se den una idea clara, crean en la existencia de un ser sobrenatural de una X ignota, que ha creado el mundo de la nada y que, vagando invisiblemente por los celestes espacios, gobierna á su antojo el universo.

Millares de dioses fueron imaginados á través de los siglos, millares de religiones surgieron y desaparecieron más tarde.

Se comenzó por creer que en sus manos tenían los destinos de los hom-

bres y de todas las cosas, monstruos gigantescos á quienes se atribuyeron los terremotos, las inundaciones, los cataclismos, las pestes, la vida, la muerte; en una palabra, todas las bienandanzas y todos los males.

Si en aquellos tiempos de completa ignorancia hubiese podido vivir un contemporáneo nuestro, hubiera presenciado como al morir un individuo reputado sabio, profeta y mago, se convertía en un astro llevando el mismo nombre que tenía en vida «Todos los pueblos y todas las religiones, dice á este propósito Buchner, acostumbran deificar y santificar á los hombres extraordinarios que vivieron entre ellos, prueba evidente de que la idea de Dios deriva de la naturaleza humana».

La aparición de un meteoro daba lugar á las más extrañas é insensatas suposiciones (suposiciones justificadas si se considera la obscuridad que envolvía la mente de aquellos pueblos) y dejaba detrás de sí el terror y el desaliento.

Cuando se producía un terremoto atribuíanlo algunos á la ira de Júpiter otros á la de Marte ó de Saturno, del Sol ó de la Luna. Todos imploraban entonces misericordia y perdón á estos astros deificados. Había quienes creían en el poder del planeta A y quienes en el de B. Según los tiempos y los lugares se diversificaban las creencias, lo que explica la aparición de varias religiones en una misma época y que tuviesen vida contemporánea.

Pero vino el cristianismo derrumbando todas las religiones entonces existentes, sustituyendo al politeísmo (creencia en varios dioses) la creencia en un Dios único, autor y señor del universo (monoteísmo).

Cubierto de concesiones de igualdad y de libertad entre los hombres, aquellos pueblos que gemían en la esclavitud y la miseria vieron en el cristianismo un áncora de salvación; y, sin filosofarlo, lo abrazaron ciegamente, pasando del estado de atontamiento al delirio. Y fué éste tan grande, que los propagandistas de la nueva religión los secuaces de Cristo, no tan solo se felicitaban por la muerte de su maestro y corrían fanáticamente en busca de las persecuciones y de la muerte, sino que se la daban ellos mismos, infligiéndose las privaciones más tremen-

das, lacerándose y martirizándose de mil modos diversos, con la pretensión de llevar bien alta su fe, con la esperanza de que su sacrificio sería agradable á Dios y digna su alma de la celeste morada.

Igual hacían los japoneses, los cuales, para purificar el alma de las inmundicias mundanas, sacrificaban el cuerpo, quitándose la vida; arrojándose en los precipicios, cortándose las venas, haciéndose sepultar vivos ó emparedar en una gruta, con la convicción de resucitar al cabo de tres ó cuatrocientos años á ir á habitar al lado de la divina familia, compuesta de marido, esposa é hijo, una santísima trinidad idéntica á la nuestra.

Pero los siglos pasan rápidos, arrasando en pos de sí las viejas creencias y también las nuevas. Por fin vino la aurora de una época nueva ante la cual se arrodilla el tenebroso pasado: he ahí la ciencia, la luz, la verdad.

La verdad, astro que rasgando la tinieblas de la noche intelectual, principia á surgir. Es el nuevo Mesías, el nuevo Dios que ha de sustituir á todos los demás creados por la imaginación vagamunda de las mentes supersticiosas. La verdad aparece surgiendo sobre horizontes caliginosos, lejanos, y su luz no llega todavía á bañar aún este valle de lágrimas. Los más no cren en ella: pero Toperince la ha pronunciado, Galileo la descubre, la señala, mientras su voz elocuente la ahogan en su garganta... los ministros del dios moderno.

La religión cristiana ha llegado al vértice de su triunfo; pero también, afortunadamente, va hacia su ocaso, y el dios de los sacerdotes comienza á diluirse ante las deducciones científicas y filosóficas de Darwin, de Voltaire, de Buchner y de tantos otros genios que con lógicas cerradas triturar las perniciosas abstracciones de la metafísica.

A pesar de esto, se nota hace tiempo un acentuadísimo despertar clerical: los sacerdotes hacen mil esfuerzos para remendar aquel esfuerzo religioso que va cayendo á girones cada día, como un trapo de cocina. Sus armas, ya sin punta, no se dirigen únicamente contra la masonería, sino que su venenosa crítica ataca mayormente á los partidos avanzados, excomulgándolos y amenazándolos con el eterno castigo de ultratumba, la severa justicia de dios.

Pero si se pregunta á los curas: ¿lo visteis alguna vez este dios con que

os divertís nombrándolo cada vez que abris la boca, mezclándolo en todos los asuntos, como la sal en los manjares?, responden que no, pero afirman á renglón seguido que existe. ¿De dónde vino, qué forma tiene, dónde mora? Preguntadlo á sus ministros y no os sabrán responder; todo lo más, no sabiendo ó no pudiendo inventar otra fábula, os responderán que habita en los cielos, en la tierra y en todas partes... á cuya respuesta la voz del célebre astrónomo Laplace les replica: «He explorado el cielo y en ninguna parte hallé la menor traza de Dios».

La filosofía más sana de los sacerdotes es ésta: «la materia debe haber tenido un principio, alguien debe haberla creado, y este alguien es Dios». Está bien; supongamos que dios creó la materia y á dios ¿quién lo creó? «Es eterno, no tiene principio ni tendrá fin», nos responden sus fieles. Pero entonces, ¿por qué no quede ser eterna la materia? ¿Hay nada tan estúpido como la hipótesis de que un ser imaginario é incomprensible haya creado el universo? Si crear quiere decir sacar las cosas de la nada, y si la nada es el vacío inmenso, absoluto, ¿cómo va la nada á convertirse en materias? ¡Misterio! replican los sacerdotes. ¿Creéis que esta palabra mágica puede constituir una base sólida para vuestras ridículas afirmaciones? ¿Creéis que á la gente ha de bastarle siempre la palabra «misterio»? Esta salida vuestra por la tangente es importante para formar convicciones.

Por la demás, dueño es cada uno de creer lo que quiera y dejarse engañar cuanto quiera; pero nosotros estamos en el deber de tener que negar á los sacerdotes el derecho de transformar una suposición en realidad, tanto más que con semejante suposición se han inventado un mercado y un oficio para engordar á costa ajena, envenenando las conciencias y dificultando el progreso.

Nadie, desde que el mundo es mundo, puede asegurar que ha visto la cara de dios, ni de qué modo el alma, inmaterial, puede subsistir después de la muerte corporal. El alma quiérase ó no: es inherente al cuerpo, y la descomposición de ésta va precedida de la extinción de oquella. El alma no es más que un principio sensitivo y volitivo, determinado por la percepción de las sensaciones que nos proviene del ambiente que nos rodea; del funcionamiento de todas las moléculas que constituyen el cuerpo, y cuando éstas prin-

cipian á disgregarse, cuando cesan en sus choques, en sus vibraciones, cuando el cuerpo y los órganos de que dependen las percepciones se paralizan del todo, el alma pierde su razón de ser.

Por estas y otras razones creemos que más allá de la tumba no hay nada, que la vida y la muerte son las condiciones *sine qua non* de la transformación constante de la materia; que los fenómenos de todas las cosas, que se producen ante nuestros ojos y que la ciencia explica, son los efectos de causas que se hallan en la misma naturaleza, independientes de toda fuerza sobrenatural y consciente, de cualquier poder que no sea propio de la naturaleza. Y cuanto más piensa el filósofo, cuanto más calcula el geólogo, cuanto más explora el astrónomo las regiones del infinito, tanto más se desvanece la idea de dios y del diablo, del paraíso y del infierno.

Todas las religiones, sinónimas de impostura y de obscurantismo, están basadas en falso y en la mala fe, y no tienen más efecto que la perpetuación de la ignorancia y la esclavitud de los pueblos. Y la prueba se halla en que los más refractarios al sentimiento de libertad y de bienestar son precisamente aquellos pueblos imbuídos de prejuicios religiosos, en los cuales no reina más que el espíritu sectario y guerrero, el egoísmo más repugnante y la servidumbre más odiosa.

En la naciones más avanzadas en civilización, allí donde la ciencia ha podido hacerse escuchar, las religiones pierden terreno y no está lejano el día en que la idea de dios sea tan sólo tormento de algún que otro cerebro enfermo.

ORESTE RISTORI

Eliseo Recius educador

Toda la obra de aquel que tanto amó nuestra familia humana quedará como puro manantial de luz, intenso foco de calor adonde los guías de las generaciones ascendentes acudirán en multitud á adquirir fuerzas y nuevos ardores.

No creo que en toda nuestra literatura celta-latina exista una obra tan á propósito para elevar la inteligencia, concordar el juego de todas las facultades y levantar el corazón del hombre sobre las mezquindades y los egoísmos de la época. Nada hay bello, con la belleza sencilla y serena de los grandes paisajes de la naturaleza virgen, como esas intensas páginas á las que nada puede añadirse ni suprimirse sin desfigurar el conjunto. El puro cristal de aquel estilo, cuya exposición siempre idéntica se desliza como la corriente de límpido y alegre arroyuelo, el armonioso ritmo de aquellas frases naturalmente enlazadas que concurren todas á ilustrar la deducción lógica que coronará finalmente el edificio, esas palabras nuevas que espontáneamente brotan del asunto y de la idea como feliz hallazgo que enriquece el idioma, aquellas sensoriales imágenes que acá y acullá iluminan el texto y asombran por su

grandiosa magestad, aquella perfección suprema en el detalle como en la totalidad, que asegurará la perfección de esta arquitectura tan sólida y permanente, esa amplia concepción de la naturaleza y de la vida, del ciclo de los pueblos y de la evolución de las sociedades, sobre todo esa simpatía, ese ardor, esa juventud que exhalan todas las páginas escritas por Eliseo, esa incansable perseverancia que le permite llevar á término una empresa colosal que reclama más de medio siglo de esfuerzos y de investigaciones, todas esas admirables cualidades reunidas hacen de este escritor único un sabio, un pensador, un artista, un poeta, un educador, al mismo tiempo que, dígame lo que se quiera, un hombre de acción de primer orden.

Compárese con un fragmento de esa obra sin igual una página cualquiera de uno de nuestros más célebres autores contemporáneos, y fácilmente hallaréis en ésta la necesidad de retocar el estilo, algunas lagunas y superfluidades, una disminución de malas hierbas parásitas que no ha tenido el buen gusto de extirpar oportunamente, cierta inconveniencia en la yuxtaposición de

las frases, esas piedras del pensamiento, aparte de algunas ideas falsas que afean los mejores capítulos. Léase una página de Eliseo y producirá la sensación de una ciencia más atractiva, de un estilo más natural y suave, de un amigo más sincero, de una inteligencia más lógica y justa. Guiados por tal guía viajaréis sin fatigas en todos los tiempos y por todos los países. Leed y releed así sublimes descripciones de los fenómenos terrestres, las páginas de etnografía tan documentadas, de su gran enciclopedia geográfica, y sobre todo sus innumerables artículos de revistas y de eriópicos de ideas, donde, junto con su adversión á todos los dogmas y á todos los despotismos, brota su de-

sco ardiente de una humanidad libre y fraternal. Mirad, estudiad detenidamente este prodigioso monumento pagano pacientemente edificado en honor del Hombre y de su planeta. Saciad vuestra mente, ávida de conocer el mundo, en ese gran río de ciencia, maravilla de las maravillas, que, hirviendo de horroismo en su manantial, gana en amplitud y en tranquila nobleza al acercarse á su desembocadura. Y decid, finalmente, si no os sentís más bondadoso, transfigurado, más humano, más generoso, mejor preparado para la tarea de sembrador de ideas, de comunicador del entusiasmo que habéis asumido.

A. PRATELLE.

Moral de la organización

A organizar las masas obreras debían tender todos los propagandistas de la evolución social, pero desgraciadamente, mientras unos se afanan trabajando en pró de ello, no faltan quienes, con la excusa de que gran parte de los trabajadores forman una legión de ignorantes, procuran por todos los medios posibles evitar la asociación y desconceptuar el objeto positivo que ella representa dentro del sistema actual; además: confundiendo lastimosamente el medio con el fin, pregonan á diestra y siniestra que la unión de los trabajadores, á base de fuerza defensiva contra los empeoramientos sociales que forzosamente deben traer los desmanes económicos y políticos de la época, darían una progresión descendente á la ideología. nada más falso y aún cuando ellos hagan miles de juegos de lógica con intención de justificar sus teorías, allí están las demostraciones prácticas, que dan en tierra á todo lo que ellos aseguran; y hablan con la elocuencia natural que poseen las cosas reales, sin prestarse por su índole misma á ser teoremas.

Los adelantos de la mecánica dió á los brazos una fuerte sacudida cuyas consecuencias no están aún bien delineadas, pero que, á juzgar por la transformación sufrida en las industrias generales, puede adelantarse que: pronto se dará

el caso de ver restringidas las facultades de cada obrero al punto de hacerle imposible concretar la homogeneidad de un gran gremio, y así tendremos ocasión de presenciar infinidad de movimientos perdidos, cosa que no ocurriría si estuviesen organizadas las fuerzas obreras, porque entonces, apoyado el gremio iniciador por todos sus anexos haría imposible el fracaso debido á que serían muchos los intereses lastimados; supongamos que se declarasen en huelga los panaderos y tuviesen pocas probabilidades de triunfar: pues bien; visto esto niéganse los conductores de carros á transportar harinas. Si aún no fuese suficiente, los molineros abandonarían sus faenas y así sucesivamente todos los gremios relacionados con los panaderos. ¿Sería posible el fracaso? Creo que no. Si este ejemplo se hace extensivo á todos los gremios, logramos el mismo resultado.

Es necesario comprender que hoy, la única fuerza real que tiene el proletario es el trabajo; abandonando la asociación, se pierde la garantía que él nos dá para mayor seguridad de nuestra defensa.

Los enemigos de la organización han querido sorprendernos con una falsa noticia, esto es: pretenden que en el acto en que el individuo ingresa en la sociedad, pierde su libertad de acción,

RESERVADO

Taller de Fotograbados

de

H. FRANZONI

Calle Alsina 1842

BUENOS AIRES

A I I A !!

por cuanto está sujeto á la deliberación de la mayoría; pero supongo que todos estamos sujetos á seguir al buen criterio con más facilidad que al malo, y es seguro que sobre diez resoluciones formuladas y aceptadas de común acuerdo, ocho por lo menos responden al buen deseo que cada cual tiene por la causa común; en cambio, deliberando cada uno á su antojo, se forman mil pareceres diferentes que al fin producen mucho malo y nada bueno; por otra parte siempre he declarado que soy enemigo de aquellas sociedades donde el fin que se persigue no salga de los límites económicos. A mi juicio esto es peor que la desorganización y la causa reside en el centro mismo de su finalidad, si acaso esto pareciera incierto, allá van las siguientes observaciones:

Todo individuo que considere su trabajo bien remunerado, no puede pedirle solidaridad práctica. No, esto sería proceder en desacuerdo completo, puesto que el bienestar económico marcha en conformidad del criterio individual, nadie duda que existen seres que poseyendo fortunas trabajan en los oficios más rudos, y no faltan quienes son tan miserables que llegan hasta tender la mano implorando limosna; otros, en cambio, no tienen en cuenta el plato que no comen ni el colchón que les falta, se contentan con libros, algunos amigos, y sin embargo; es indudable que físicamente han de sufrir. Además, aquel que por una ú otra causa goce de un sueldo que pasa de lo común, ese no tiene por qué secundar la obra de los que buscan mejoras económicas, te-

niendo en cuenta que tal acto puede traerle la pérdida de su puesto y la consecuencia de ello sería empeorar. Queda justificada su falta de cooperación. Tal no sería si cada individuo recordara que antes que obrero es hombre. Ya sé que la obra es magna, pero esto no es causa para que se abandone, y más teniendo en cuenta, que en la organización á base de defensa colectiva está la positiva escuela desprejuiciadora, al par que se va infiltrando en el individuo, ese espíritu de sociabilidad que tanta falta nos hace.

Sin duda alguna, es muy buena la propaganda individual, pero tiene el defecto de ser sumamente lentísima-entre el elemento inconciente. Necesitamos un medio que active por sí solo el esfuerzo que se hace. No veo yo, qué puede justificar ese afán de aparecer solos. ¿Quizás se pretenda hacerse mártir para que todos lo vean?

Para ser posible el derecho es necesario que existan deberes. Aquel que nada hace en pró de lo que anhela, no le asiste razón alguna de pretender su objeto; por eso: aquel que se considere conciente tiene el deber de luchar, cuanto más intensa sea la propaganda que tienda á solidarizar á los hombres, más pruebas tendremos de que la civilización marcha, empujada por el brazo potente de quien supo romper los instintos psicológicos naturales, y reemplazarlos por un régimen al cual el hombre fácilmente se adapta, y que tiene la ventaja de hacernos vivir con más libertad aun siendo menor la cantidad.

Salvador CAPUTTO.



Si como afirma cierto escritor, la tierra está aun en la infancia, cabe hacer esta pregunta: ¿Cómo ha podido el planeta niño, sin pisar siquiera los dinteles de la adolescencia, evolucionar hasta el punto de volver varias veces á su primitivo estado de gestación, y encontrarse hoy cercano á la perfección?

Porque, á decir verdad, á ceder la palabra á los hechos, cuyo irrefutable lenguaje cae siempre con el peso indestructible de la convicción, nos acercamos á los hombres á la era de perfeccionamiento cuyo camino abrieron los Galileo, los Franklin, etc., etc., camino que se ha recorrido en un lapso de tiempo tan corto, que bien pudiera llamársele el segundo lustro de la infancia del mundo.

Empezando por el simple aspecto físico de los pueblos y ciudades, vemos que cada *estilo* ha marcado la característica del hombre en cada época determinada; y así tenemos que el arábico, el gótico, el griego, el romano, etc., han sido cada uno por sí, el sello indeleble de una página de la vida humana, más ó menos ilustrada con el lápiz de la estética unas veces, del gusto otras, y muchas, de simple é inexplicable capricho.

No quiero decir con esto, que en ningún tiempo hayan estado reñidas estas tres condiciones entre sí; por el contrario, en todos los tiempos, los encontramos unos cerca del otro, y en muchos casos, reunidos los tres, en estrecho vínculo, pero siempre descollando uno sobre los otros, lo que importa la mayor aceptación de él por la época que le hizo surgir.

Así, igual ha pasado con el desarrollo intelectual de la especie humana: tenemos en la historia, marcadas con imborrables caracteres la época en que la conquista y por ende las guerras sangrientas, fueron la principal preocupación de los hombres; la época en que el arte, con sus notas y sus tintas, absorbía toda la atención del mundo, siguió la furia industrial, que fué la urna de la explotación del débil por el fuerte, y el establecimiento de la abundancia como patrimonio de unos

pocos, y el del hambre como el de los más.

Hemos llegado hoy, después de saltar todas las barreras de mezquinas satisfacciones, que á la mente humana opusieron esas eras de destrucción real, y de embellecimiento ficticio, á la época de la conquista más grande y pacífica que se haya concebido: la conquista de la conciencia del hombre, por el hombre mismo: y ¡parece una leyenda! son el hambre y la debilidad, los dos grandes factores que operan la avalancha de fuerzas y energías que despiertan al mundo enseñándole á ser fuerte!

Sí; los siglos de opresión, traen el amor á la libertad; noches seculares, traen la luz: la barbarie trae la civilización, y la sumisión en su grado máximo, trae como engendro la emancipación y la altivez.

Extrañas y asombrosas metamorfosis que hacen cada vez más incomprendible la complicada máquina del cerebro humano.

Ver desgranarse, por decirlo así, de las montañas de la aristocracia más imbecil y tiranizadora, como lo es la rusa, esos peñascos de luz como un Kropotkin y un Bakounine, que rodando por los tortuosos caminos que separan la cima de la opulencia y la cima de la miseria, aplastando en su precipitación los reptiles de perjurio que despavoridos se arrastran hacia la cuenca de la mistificación; es algo que dice claramente que el hombre se duda de sí mismo, que el hombre se despeja, que la conciencia despierta y se apresta á reivindicar su absoluta libertad próxima á perecer en las numerosas fauces del indiferentismo.

¡Qué arrobador, qué imponente qué magestuoso cuadro ofrece la sacudida que transforma al mundo con el benéfico aliento de la evolución cerebral!

¡Cómo hablan los hechos, y cómo enmudecen los carcomidos pergaminos que siglos y siglos atrofiaron la mente con sus borronados caracteres de problemático significado!

¡Cómo callan los vetustos librejos que con el pomposo título de *evangelios*,

fueron la retrógrada cartilla dedicada á mantener la noche bíblica que sólo á tientas marcharan los pueblos por el dudoso camino del *dogma*, del *misterio* y del *precepto*!

Hoy se abre paso la idea á través de las hambres y masmorras, de los cadalsos y patíbulos, de las parrillas y

las horcas, y marcha firme la planta humana hacia la VIDA NUEVA, cuyo sendero limpio de opresiones y vergüenzas, iluminan los fulgurantes rayos de ese faro deslumbrador y eterno, ¡La Anarquía!

Carlos A. CACERES.

EL VERANERO

Se lo compré á un muchachuelo... Y lo conduje á mi cuarto.

— Ya tendré un compañerito — me dije con alegría—que mitigue mis pesares... que consuele mis tristezas... Ya mi vida solitaria no será tan espantosa!...

Y siempre por la mañana le cambiaba la guinea, le cambiaba el agua turbia por otra muy limpia y clara.

Pero.... he aquí que un día — infeliz para mi espíritu—regresé con honda pena de un paseo por la ciudad. Quise buscar un consuelo, en mi pájaro enjaulado..... mas se dobló mi congoja: el veranero—en sollozos—entonaba unas canciones empapadas de dolor... saturadas de pesar....

A la jaula me acerqué.... Su alimento, intacto estaba. Era tanta su aflicción... que pasó todito el día sin picotear la guinea.

Y me fué entrando una pena.... muy horrible... espeluznante....

Yo era cómplice de un crimen... y de un crimen espantoso. ¿Por qué tenía aprisionado, á un ser inocente y puro?

¿Qué delito cometió... para encerrarle la vida.... en la estrechez de una jaula?

Y pensé por largo rato..

Y le abrí la portezuela... pero la volví á cerrar.

Quiero que oigas mi lamento... mi lamento entristecido, el cántico de millo-ro... Tú te vas á la región... do son libres los amores, á los lampos infinitos de la dicha y del placer; vas á juntarte á tu novia.... á devolverle el consuelo; á can-

tar con tus hermanos el arrullo de los libres, las canciones de la vida... las canciones del amor!

Y yo quedo triste y solo con mi amargura infinita... en esta tierra maldita donde existen solo esclavos... donde somos la carnaza de las enfermas pasiones... Tú te vas y yo me quedo... con los infames verdugos que esclavizan las conciencias... con el esclavo *Social*... con el esclavo de *Dios*... con el esclavo del *Rey*... con el esclavo de *Amor*....

¡Oh, los esclavos de amor!...

Compadece á las mujeres.. que sufren tantas cadenas. Por el afecto á sus padres que tienen las pobrecitas, aniquilan sus ensueños... ahogan sus rebeldías... Aceptan tranquilamente los *negocios* del cariño, los *negocios* criminales que corrompen su sentir... y que sus padres les forjan por estulta vanidad.

¡Oh, muchas veces se estiguen... y muchas veces se mueren... con sublimes añoranzas... con nostalgias indelebles!..

¡Oh, qué esclavitud tan negra!

Pero.. tú te vas y yo me quedo. Nada importa, vetel... á juntarte con tu novia.. á devolverle el consuelo...

Y le abrí la portezuela con infinita tristeza.

El pajarillo voló... muy alegre y muy contento.

Se detuvo en un naranjo... y allí cantó la melodía de su ansiada libertad!....

GONZALO SÁNCHEZ BONILLA

San José de Costa Rica

YO SÉ...

Yo sé que te avergüenzas cuando algún moralista que vegeta en la sombra, de mi vida se queja; y sé que te sonrojas cuando una pobre vieja maculla su rosario de frases, pesimistas.

Te confunde la gente que al decirme ¡anarquista! pide para mis alas la indispensable reja; no piensas que la gente por costumbre aconseja deslumbrada ante el brillo de mi cetro de artista.

Yo soy un caballero con un alma pagana que se duele mirando la multitud cristiana postrada en los altares, de las gracias en pos;

Por eso es que mi musa, como un luzbel temida, levanta las tormentas que duermen en la vida al sofisticado arrullo de los siervos de dios-

Alberto R. Macció

HOSPITALARIO SUELO

I

Joven, lleno de hermosas esperanzas, se pasea meditabundo debajo de la frondosa arboleda de su alegre cabaña.

¿En qué cifra sus esperanzas? ¿Qué de grande los sugestióna, hasta el punto de abandonar su anciana madre?

Una visión: América.

Esta es la palabra encantadora de nuestro joven; ésta se le presenta ante sus ojos como una mina de oro, inagotable, que le ha de asegurar su porvenir.

Y el joven, sueña... sueña... sueña...

II

Una madre afligida y llorosa. Una juventud que se va hacia el caos. Un vapor que parte, y dos pañuelos que se agitan.

El mar que ruga. El trasatlántico que tiembla.

III

Veinte días de navegación en que nuestro hombre no ha pensado en su madre por pensar en América.

Desembarca. Cree ver abiertas de par en par las puertas de la dicha.

¡Ilusión transitoria! El vía-crucis comienza, Ayer en su retirada cabaña estaba acompañado, y hoy, entre un millón de habitantes se encuentra solo, completamente solo.

¿A donde va?

A buscar los paisanos—se dice—á los amigos; pero: ¿para qué, si en Buenos Aires se acoge á los extranjeros como á hermanos?

La magnificencia exterior de la ciudad acrecienta las ansias doradas del viajero. Asómbrase ante tanta grandeza, y ve realizados en su imaginación todos sus anhelos.

Pero... camina... camina... y los amigos, los paisanos no aparecen; las fondas no fían, y al anochechar ya siente el hombre languidecer su cuerpo, y ha-

ce presa de él una honda melancolía.

Se sienta en un banco y llora. ¡Ah! ¡Recién se apercibe de que está solo,

IV

La una de la mañana.

En los cafés de un barrio aristocrático, cómodamente sentados, están pelotones de individuos reposando de las fatigas del teatro.

En la vereda de enfrente se ha formado un grupo de curiosos. En medio un «guardador del orden» que intima prisión á un extraño.

Es el viajero que se ha dormido en un banco, rendido de cansancio.

Entre tanto el público estúpido pide á gritos que se lleve preso al *atorrante*, que da lugar á un espectáculo contrario á la moral.

V

Y, allende el mar una anciana madre, llora la ausencia del hijo querido, mientras éste pasa su primera noche de calabozo en este hospitalario suelo.

R. CARRENCA.



AMOR.—ESCUPTURA DE RODIN

LA MUJER

POR LA NIÑEZ Y POR LA VIDA

«La primera maestra del niño, es la madre. De ella recibe la primera educación rudimentaria, de ella le vienen inculcadas las primeras ideas, y por vía de estas, ella, es la que influye poderosamente en que su mentalidad sea fuerte ó débil; sana ó enferma, clara ó opaca, higiénica ó enlodada; y que piense más ó menos amplia ó estrechamente.»

«La madre es quien inicia al niño á la marcha por un camino emparedado por sus lados, largo, larguísimo, y obscuro, que casi nunca acaba, que no llega á ninguna parte, y por el que, si alguno llega arrastrando las adversidades, entre bruscos barquinazos, y bofetadas insignes recibidas en la noche á encontrarle un término y rematarlo, perece miserablemente en el mismo instante de afirmar el pie sobre su último paso.»

«Una inteligencia pobre, sigue pues, forzosamente y á ciegas, por el sendero en que se le encamina por vez primera; el poseedor de esa inteligencia, peca.»

«El anulamiento le viene al encuentro, y lo abraza, con su brazo sofocante, á la mitad del camino.»

«Una inteligencia mediocre, puede tender á una tentativa de desviación en busca de mejor sendero; lo encuentra, y realiza el esfuerzo con poca ó con ninguna suerte, porque cuando acaba de afirmarse sobre su misma personalidad con la pretensión legítima de cobrarse á manera de revancha, de todos sus padecimientos, adversidades, y miserias sin fin, el disfrute de sí mismo porque ha sabido llegar á la cumbre, lo alcanza presurosa, implacable é inconsiderada, esa guadaña que todo lo tala, que todo lo anula, que nada respeta, porque no sabe de derechos, como no sabe de fatigas ni de sacrificios.....»

«Sólo una inteligencia superior, encerrada en un cerebro sano, y secundada por fuerte é inquebrantable, puede te-

ner capacidad suficiente y voluntad sobrada para salvar todos los obstáculos de una sola vez, recia y resueltamente: dejar subsistente el camino en el que lo han encarrilado para por él deslizarse barranca abajo á manera de bola hasta llegar al fondo, y volver atrás para emprender uno nuevo y seguir por él, libre, sin guías, siempre alerta, con voluntad y coraje, hasta llegar triunfante al bueno, al mejor destino.»

He aquí, pues, la obra. La obra que cumple llevar á cabo á la mujer: No hacer de sus hijos —porque de ella, son—ni títeres, ni muñecos, ni autómatas, ni flotantes; **Hombres**. Eso hace falta. Y para ello, preciso se hace, que se cuide la salud moral del niño, ya que la física, de por sí sola, visto está, no resuelve el problema.

Instrucción é Instrucción.

Se abrirán así las inteligencias, y el hombre sabrá deslindar posiciones, porque sabrá distinguir, sabrá superiorizarse, y fortalecer el espíritu, y la voluntad, por un sensato racionamiento analítico.

Presidenta, la Razón, de todos los actos, no habrá grandes y hondos antagonismos posibles.

La separación, la integración, la felicidad de la familia universal, será.

Habrà Armonía.

Y entonces, la Vida, flotará sobre todo y sobre todos, y será el solio que cobijará el todo de la existencia.....

Y no puede haber duda alguna. Es incontrovertible que la sucesión de una generación conciente, á la podrida y corrompida actual, significa de hecho de una manera relativa, sino absoluta, la regeneración del organismo social, que hoy por hoy, en la forma que está basado y hecha su estructura, el verdadero, el único tirano dominador del género humano.

Luego esa regeneración, llevará á los hombres por el sendero libre y verdadero, hasta llegar, hasta rematar el recorrido de todo lo posible y factible.

Después, no podemos profetizar si se producirá un retroceso ó se seguirá avanzando; y no queremos profetizar porque no queremos entrar en terreno de las utopías y afirmar—como muchos lo hacen—la realización de lo imposible. Es preciso tomar por base poder futuras redenciones, la razón pura, y la lógica que no se trunca ni se dobla.

Todo aquello que dentro del campo de esas dos potencias científicas, huelga, es ilusorio, quimérico, confuso, y entra por consiguiente en el campo inexorable de las absurdidades. Y nosotros, porque nos tildamos prácticos, pues vamos á lo positivo, porque sabemos de poseer cierta dosis de «sentido común», no nos internamos en esos oscuros dominios que niegan la investigación, y son refractarios á la luz. Entendemos que la evolución ha sido y será incesante, que esta evolución revolucionaria las cosas, y que esta revolución bien puede ser en sentido progresivo, ó regresivo; así por ejemplo, no podemos aventurarnos á profetizar si una vez realizada la suprema aspiración de los pueblos, la humanidad será una inmensa familia donde todos sus miembros eterna é ininterrumpidamente tocarán alegre y armónicamente, ó melódica y tristemente con idéntico y perfecto compás el «violín» y bailarán el « » con los mismos automáticos movimientos; esto claro está que sería quimera irrisoria por cuanto habrá siempre quien guste de estar muellemente recostado en un diván, contemplando el cielo con sus luminarias, en vez de bailar ú oír música.

Decimos con esto que siempre habrá hijos juiciosos y traviesos; y entonces, lógico es el no exigir un equilibrio sistemático absoluto.

Es indudable empero que á mayor educación é ilustración, mayor también será el respeto y la consideración hacia el prójimo, á mayor cultura, menos desaires é inconsecuencias para con el trato con los semejantes; y á más comprensión de la vida con todos sus atributos más armonía y concordia entre los hombres, que, si bien todos son la representación de varias razas, forman una única ingente familia que, para simplificar el funcionamiento del proceso de la existencia formarán grupos

más ó menos pequeños—en relación á la enormidad del número que la componen—de afinidad.

Niéguenlo ó no los fariseos embaucadores y los sofisticadores de la conciencia pueblera, el proceso emancipador de la raza humana va continuamente elaborando nuevas fases que presentar á la espectación del mundo. El se realiza ininterrumpidamente bajo múltiples formas.

Probado está que todo tiende á un cambio total del régimen social actual, y hasta podríamos afirmar que los mismos pasos y las acciones de la burguesía que á primer golpe de vista diríase tienden—y tienen ese punto de mira—á la defensa del actual estado de cosas empujados por un espíritu conservador fácilmente explicable y comprensible, son un empuje inconsciente y poderoso en favor del movimiento de gestación progresiva-evolucionista, cuya fuerza es un coheficiente á la acción destructora del edificio social, de parte de los de abajo.

Para que la obra de «humanización» adelante, es fuerza que la mujer ponga de su parte el concurso decidido de su influencia. Concurso valiosísimo y de importancia primordial, si se tiene en cuenta el rol que desempeña en la preparación de la generación que ha de seguir á la de ella. Generación que está llamada, sino á finalizar con la solución del problema social, á acercarse por lo menos á ella, lo más que le sea posible.

Es lógico y consecuente, por otra parte, que la mujer, compañera dulce é indispensable del hombre, secunde á éste en todas las empresas grandes y nobles, máxime cuando estas empresas tienen por objeto único y definido, asegurar para la progenitura un mejor bienestar, elaborando una vida menos azarosa, menos inicua, y menos mercantilería, encuazándolas hacia más anchurosas perspectivas.

¿Y qué más satisfacción para una madre hecha al amor y la hermosura, que emplear el tesoro de la existencia—en tiempo—en la procuración de la felicidad de los hijos? ¿Qué honroso para una compañera hecha al cariño, á la abnegación y á la amistad más entrañable, que complementar á los placeres materiales de la unión con los caros morales no menos bellas, luchando

con igual decisión y arrojo que su compañero en el campo de batalla de una causa común, noble y santa? ¿Y qué más bella pretensión pueden tener los hijos de sus genitores, que los preparen á los combates para la conquista de la vida, á fuerza de inundarles luz en los cerebros, savia de amor en el alma, poniéndole en una mano el «derecho» por escudo, en la otra la «razón» por arma, y revistiéndolos con la coraza fuerte é invulnerable de la lógica?

Yo no concibo que para una madre pueda haber algo más hermoso, más satisfactorio, más enaltecido y sagrado, que aquello de librar á los hijos—si bien en rudos combates—de todas las ligaduras, de todos los prejuicios, de todas las cargas morales que son otras tantas iniquidades, otras tantas causas de la esclavitud presente de ellas y de ellos. Yo no concibo para una madre generosa, mejor tarea que la de evitar que sus hijos mañana, cuando se dispongan á gozar de la vida, amplia é independiente, caigan como ella víctima de la sociedad, de esta sociedad malhadada y necia, tirana y cruel cuanto desigual, que los aplasta inexorablemente y los subyuga bajo sus dominios arbitrarios, obligándolos al trabajo, imponiéndoles en pago, hambre miserias

y privaciones, reduciéndolos á la impotencia y sometiéndolos á sus caprichosos designios.

En fin, creo que la lucha debe llamar á su campo á la mujer como al hombre, porque resumiendo cuentas, también ésta como aquél, viene al mundo con un cúmulo enorme de derechos que no goza, con un cargamento grande de *derechos* que se llaman deberes que no puede cumplir, pero que sufre en cambio y soporta el peso de un mundo de obligaciones impropias y denigrantes que agobian á las dos partes del género humano.

Y yo creo que á la mujer le cumple el tomar parte en la contienda que ha de determinar la vida plena, ó la muerte absoluta. Esto es, llegar á la felicidad ó permanecer en las torturas para *in eternum*

Le cumple. Ella es la de los de abajo, ¡vaya, pues, en contra de los de arriba, que hasta le prohíben é impiden cumplir con los deberes y gozar de los derechos de la maternidad, como lo exige la necesidad del sér que nutre, como le indica el amor á lo que de ella sale y es!

Le cumple. ¡Donde mora el amor, hay arrojo, valor, abnegación!

Angel D'AMBRA.

FUTURO ROJO

Hay luminosos puñales en los ojos de los parias sobre el corazón templados á los golpes del desprecio. Y hay puños crispando enojos en las hordas proletarias que el espinazo doblaron bajo el látigo del necio.

Lo negro se agrava. El rojo día de las incendiarias llamas rojas, las hogueras darán de lo malo el precio, mientras flameando desdoblen las enseñas libertarias el rojo sangre-de-toro que mordió el tejido recio.

Dirá la vieja Miseria su pesar inconsolable gruñendo, porque en leones famélicos de verdugos verá trocada á la inmensa turba que fué miserable.

Y la Ignorancia en su noche se esconderá. Y un rugido será el nuevo canto, bravo trozador de viejos yugos, Y el sol podrá en cada frente su gran beso enrojecido!

EDMUNDO MONTAGNE

Librería "LA PROTESTA"

Atendida por la Administración del diario
837 LIBERTAD 839

U. Telef. 2077 (Juncal)

Buenos Aires

En este Departamento anexo al diario se hallarán en venta obras de ideología ciencia y literatura y por todos los correos se recibirán de Europa los últimos libros publicados.

Los pedidos deben venir á nombre del Administrador Manuel Magdaleno y acompañados de su importe, en caso contrario no serán atendidos. Los gastos de franqueo serán por cuenta del comprador.

Gran éxito **Almanaque de LA PROTESTA \$ 0.50**

Tarjetas postales: Colección de LA PROTESTA

Cabeza de actualidad—en colores—una 0.10, de 10 á 50 c/u 0.08; de 50 á 100 c/u 0.05.—Crucificado \$ 0.05: Sin pan y sin trabajo (en colores) á favor del linotipo 0.10.

Suplemento de LA PROTESTA: Número atrasado ps. 0.15: número del mes ps. 0.10

Salón-Teatro "Casa Suiza"

RODRIGUEZ PEÑA 254

11 de Abril de 1909

Gran Velada á beneficio de "La Protesta"

Se pondrá en escena el drama en tres actos del compañero José de Matcrana

La Flor del Zrigo

y el drama en un acto original del compañero Carlos Balsán

NUESTRA PATRIA!..

Próximamente el programa.

Nuestras Publicaciones

El Despertar

PERIÓDICO

Oficina, Azara 1379

NUMERO SUELTO: 10 CTS.

Germen

REVISTA QUINCENAL

Oficinas, Libertad 358, Departamento 5°

NÚM. SUELTO: 20 CTS.

Luz al Soldado

PERIÓDICO ANTIMILITARISTA

Oficinas, Montañeses 2236

SUBSCRIPCIÓN VOLUNTARIA

Rumbos Nuevos

PERIÓDICO

24 Septiembre 1074 - Tucumán

"La Debacle"

REVISTA MENSUAL

de Caricaturas - Unica en América

Dibujos de Alma Roja
y prólogos de E. G. Gilimon y Dr. Ucar

Oficinas: Libertad 837-39

NÚM. SUELTO: 20 CTS.

Pensamiento Nuevo

PERIÓDICO

MENDOZA

Vida

PERIÓDICO

Balcarce 51 - Lomas

El Proletario

PERIÓDICO

Rodriguez Peña 25, Córdoba

La Ráfaga

PERIÓDICO

Monte Caseros 182, Paraná

La Organización Obrera

ORGANO DE LA F. O. R. A.

Montes de Oca 972 - Buenos Aires

El Cuartel

PERIÓDICO ILUSTRADO DE PROPAGANDA ANTIMILITARISTA

Oficinas: Libertad 837 y 39 - Buenos Aires

Pensamiento y acción

Propagar en la tribuna y en el periódico un ideal cuya finalidad promete un futuro de paradisíacas felicidades, y que supone en el propagador un individuo sincero y de carácter elevado; capaz de llevar á la práctica aunque sólo sea en mínima parte su teoría filosófica; y luego desmentirlo con los hechos de la vida diaria, es lo mismo que borrar con el codo la propia firma. Y de este mal adolece nuestra propaganda libertaria.

Hay muchos compañeros, capaces de explicar con palabras vibrantes y elocuentes la grandeza de nuestro ideal y la belleza de su finalidad, y que hacen con el bisturí del análisis la anatomía de la actual sociedad, mostrando con su acerada crítica las llagas cancerosas que roen con avidez á la burguesía que nos gobierna. Pero son pocos, muy pocos los que en la práctica están á la altura de nuestro ideal y son menos todavía los aristascos libertarios que no demuestran con sus hechos, que no están carcomidos por el mismo cáncer que corroe á la burguesía.

Y es así como nuestros enemigos esgrimen irónicos contra el arma prolijamente cincelada de la teoría, el puñal místico y mortífero de los hechos que la contradicen, en gran parte, de los actos de la vida cotidiana.

Y así, la luminosa decoración teórica es anulada por la sombría negrura del hecho positivo. Y es lógicamente natural que esto suceda; por cuanto de los innumerables individuos que profesan nuestro ideal, se pueden contar con los dedos aquellos que lo comprenden; y menos son aún los que tienen el valor de practicarlo. Y es por esta ignorancia de ideal que pretenden profesar los más, y por la cobardía aplastadora de los menos, que se da el caso inexplicable de ver á un camarada que reniega de la rutinaria educación que da el Estado á los niños llenándoles la cabeza de prejuicios, y sin embargo siendo este camarada padre de tres ó cuatro criaturas; en vez de preocuparse para que los pequeños sean mañana hombres verdaderos, libres en la vida y desprejuiciados

de toda sujeción, en vez de esto repito, los dejan crecer en el mayor abandono como si tuvieran por única misión crear analfabetos, aumentando así las víctimas del arroyo y los esclavos del capital. Otros descuidan por completo la higiene física y moral tan indispensables para fortalecer los músculos y el cerebro de los niños; crean en vez de hombres fuertes para la acción y el pensamiento, desgraciados infelices incapaces de levantar el puño y hacer vibrar el cerebro concibiendo una idea; víctimas del alcohol, predestinados al hospital ó al manicomio.

Es legión el número de compañeros en cuyos hogares reina el más anulador de los pauperismos á despecho de la pretendida conciencia libertaria y de la fonográfica oratoria de que hacen gala. Numerosos son aquellos que tildándose de concientes y creyéndose talentosos y consecuentes con sus ideas, son verdaderos tiranos de las esposas y los hijos, y en el taller ó la fábrica son serviles corderos pascuales que soportan humildemente todas las imposiciones de los amos. Así es como nuestra propaganda regeneradora, la cual tiende á levantar la individualidad humana haciendo del esclavo embrutecido un hombre libre y altivo, sincero y noble, capaz de demostrar con sus palabras y hechos, que el esclavo también tiene un cerebro que piensa y una voluntad que ejecuta; es así como esta propaganda hermosa se ve anulada por muchos de los hechos que efectúan sus mismos propagadores.

Por eso nuestra siembra no da todos los óptimos frutos que debería dar, siendo hecha en tan virgen terreno.

Nuestro ideal de este modo, tiende á dogmatizarse cada vez más, hasta el punto de afirmar algunos obtusos que: «el que viste bien no es anarquista» y el que no usa en sus palabras y escritos el vocabulario rojo y violento de los dogmáticos y aún los epítetos insultantes, dignos sólo de los cerebros atrofiados. En estos últimos tiempos, la anarquía parece más bien una religión de última hora que trata de esclavizar las conciencias bajo la férula de

un nuevo dogma, que una tendencia filosófica cuya finalidad es la cúpula de la libertad humana.

Si queremos que nuestra prédica dé los resultados apetecidos es menester que seamos hombres consecuentes con nuestras palabras y pensamientos; es preciso que demostremos con nuestros hechos la bondad y relativa practicidad de nuestro ideal.

Y para ello es necesario que el hogar de cada camarada sea un hogar modelo, donde en medio de la más amplia libertad individual reine la más hermosa, la más sublime de las armonías entre los padres y los hijos; entre los esposos y las esposas; debiendo velar los padres por la salud física, moral é intelectual de sus hijos; á fin de que cuando éstos sean hombres puedan ser gallardos luchadores de músculos robustos y mentes sanas; capacitados así para continuar la obra regeneradora de sus progenitores.

Cada camarada debe ser una individualidad, una personalidad activa y enérgica, demostrando con las pruebas irrefutables de los hechos consumados, que no es imposible nuestro ideal de redención puesto que aún dentro de la

sociedad actual puede ejecutarse ~~na~~ parte del mismo.

Menester es aprender á no dejarse arrastrar por momentáneos entusiasmos que dan siempre pésimos resultados; separamos romper con todos los ídolos de barro que hemos erigido dentro de nuestras filas. Así lograremos que nuestro ideal penetre siempre más en los cerebros humanos aumentando la falange libertaria. Porque el hecho fué siempre una prueba concluyente que no necesitó jamás ser contestado con palabras. Por la bondad, la belleza y la grandeza de nuestros actos realmente anárquicos nos elevaremos por encima de nuestros enemigos y habremos dado comienzo á nuestra obra emancipadora. Cuando digamos á los demás hombres: «No hagáis lo que decimos sino lo que queréis; pero haced lo que hacemos»; sólo entonces habremos dejado de ser religiosos, porque en vez de predicar un futuro lleno de felicidades, empezaremos á desligarnos de las ataduras morales que nos hacen imposibles una mayor evolución de la humanidad. Se necesita consecuencia, consecuencia y siempre consecuencia.

Mario GRANDI.

PILTRAFIA HUMANA

¡Miradlo!

Camina tambaleándose; sus miembros flojos mueven cual carne fofa, su mirada no tiene expresión, dijérase de un muerto. ¿Qué ruta lleva? ¿á donde va? no lo sabe. Anda maquinalmente, allí donde le encuentra la noche, duerme. Es un autómatas. ¡Una piltrafia humana!

Conocile en un puerto del Cantábrico. Dedicábase á la pesca. Era conocido entre sus colegas por *el lobo de mar*. Fuerte como un roble, ligero como la ardilla, decidido como el rayo; joven y rebosante de salud.

Cuando salían á la pesca mientras duraba el trabajo veíase tan pronto en popa como en proa, tan pronto á babor como á estribor; siempre en movimiento, siempre en acción, no descansaba

un momento mientras duraba la pesca.

Entre los pescadores era muy querido, sólo que le reprochaban el emborracharse muy á menudo.

En un invierno la pesca escaseó de tal manera que era imposible vivir con lo que se pescaba. Inútilmente echaban sus redes al agua; siempre salían y volvían igual que antes... nada; ni para el puchero.

Más de una vez luchando frente á frente con la muerte salían con su débil lancha á pescar mar afuera... y nada. Ni así, ni arriesgando la vida podían ganar «un real para la copa»; ¡sería desgracia!

En una de esas vueltas sin pesca decidió vender lo poco que le quedaba y venirse á América; él razonaba así: Otros que no son tan laboriosos, ni tan

listos como yo, ganan dinero ¿porqué no lo ganaré yo también?

En la despedida dijo á los amigos que lo abrazaban con efusión: «no os aflijáis, será cuestión de un par de años, tan pronto aya ganado para armar una lancha un poco á la moderna vuelvo. Voy á sentir nostalgia por el mar.

Esa fué su despedida. ¡Cuan ageno estaba de la suerte que iba á tener!

Ocho años hace está en América: cuatro trabajando de peon en una barraca, trabajó con entusiasmo con demasiado empeño quiza; sumiso y obediente jamás de sus labios salió una palabra de protesta. Nunca tomó parte en huelga alguna, ni miró de frente al amo; cuando el trabajo era muy fuerte no se quejaba, iba á buscar ayuda en la copa de caña ó en el vaso de ajeno.

¡Ni un solo gesto en su vida de paria!

El era el lobo de mar, allá; pero aquí el amo manda y yo obedezco decía á los que le aconsejaban rebelarse: Era un borrego.

Un día fué víctima de un accidente de trabajo, un cajón de 300 kilos cayole encima, sacáronle moribundo. El patrón salvó la responsabilidad diciendo que estaba ebrio.

Tuvo que curarse con lo que había ahorrado á fuerza de privaciones.

A pesar de todo el cuidado que los médicos pusieron en curarle quedó medio inútil para el trabajo; en la casa que había sido esquilado é inutilizado para el trabajo no lo admitieron. Estaba

muy débil y otro tan imbecil como él ocupó su lugar.

Mendiga trabajo ofreciéndose á ganar menos que los demás. No sabe de solidaridad, ni de derechos proletarios; él siempre humilde y servicial con los que lo esquilman y azotan. ¡Cobarde!

Las fuerzas lo abandonan y en el despacho de bebidas busca el fortificante; abandona ese antro de degeneración todas las noches tambaleandose. ¡Venido!

Ya no trabaja; ya no sirve para traicionar á sus hermanos los explotados; tiende la mano en la vía pública al transeunte mendigando el mendrugo que no supo conseguir con su fuerza. Ayer mendigaba trabajo; hoy mendiga limosna: ¡Mendigo siempre!

Tiende la mano pidiendo unos centavos para la copa. Bajó el último peldaño de la escala social y es: Una piltrafa humana.

¡Miradlo! Abí va tambaleándose agarrándose á la pared para no caer; sus piernas no lo pueden sostener; su cerebro no dá ni un destello de luz; camina automáticamente; no sabe donde esta, ni á donde va.

El, fuerte como un roble ayer; hoy no es más que un espectro.

¡Ay de aquellos que en el alcohol buscan un fortificante para las fuerzas perdidas! ¡tienen fatalmente que llegar á eso: Dejar de ser hombres para convertirse en piltrafas!

MANUEL LQURIDO

Febrero de 1909.

La higiene del cerebro

El niño es el embrión del hombre. El hombre es el desarrollo del niño.

Si se deforma lentamente uno de los miembros de un niño, el hombre que llegará á ser tendrá ese miembros deformado; si se impide el ejercicio de un músculo ó de una serie de músculos en el cuerpo del niño, ese músculo ó esa serie de músculos estarán atrofiados en el hombre, y si se impone á ese músculo ó á esa serie de músculos una suma excesiva de trabajo, por el

exceso se llega al mismo resultado: la atrofia en el hombre de esos músculos excesivamente ejercitados en el período de la infancia.

Para evitar esos accidentes existe una ciencia, la higiene, con representantes oficiales llamados doctores, cuya competencia, con frecuencia puramente comercial, suele ser muy discutible.

Pero donde deseo atraer la atención es sobre el compuesto de los fenómenos paralelos que se realizan en el cerebro

del niño, — desviación ó atrofia, — sobre el trabajo constante que debe hacerse para evitar esos accidentes, favoreciendo al mismo tiempo el libre desarrollo de la individualidad.

Existe una ciencia oficial llamada pedagogía, que fija rigurosamente los preceptos de la higiene del cerebro en la que los doctores son innumerables, denominados maestros, profesores, y forman un cuerpo poderoso, la Universidad. En Francia su enseñanza es laica, gratuita, obligatoria, y todos los cerebros han de pesar bajo el rasero igualitario de tal enseñanza.

Ahora bien, los años que he dedicado á enseñar en las escuelas primarias, así como mi inclinación personal, me llevan á estudiar, con todos aquellos á quienes preocupa esta cuestión de primordial importancia, lo que debiera ser la enseñanza actual, lo que ha de hacerse para convertirla en enseñanza racional, cuales son las principales reglas de la higiene del cerebro. Tal es la tarea que me propongo desarrollar en una serie de artículos.

Desde la enseñanza de la gramática hasta la de la geometría, pasando por toda la serie de las materias incluidas en los programas de las escuelas, hay

mucho que *rectificar*, *añadir* y sobre todo *quitar*.

A *rectificar* la dirección dada á la enseñanza para impedir esta primera enfermedad, *la deformación del cerebro* en el niño, y por consiguiente en el hombre que representa.

A *añadir* nuevos elementos, omitidos hasta el presente, para evitar la *atrofia* de una ó de varias partes del cerebro.

A *quitar*, é insisto sobre este punto, sobre todo á *quitar*, á despojar, á librar el cerebro del niño de una cantidad de errores, de mentiras, de inutilidades, fárrago enorme cuyo amontonamiento *atrofia* el cerebro del niño de una manera tan segura como lo haría la inercia absoluta.

Por la forma de este escrito, mis compañeros podrán ver que tengo la idea de poner inmediatamente en práctica las reformas que creo posibles.

En este trabajo espero que no me escatimarán las críticas y que me remitirán cuantos documentos puedan servir á la edificación racional de *la higiene del cerebro en el niño*.

Profesora ANNA MAHE.

26, rue Muller (XIIIe).

EL HONOR

Se está generalmente de acuerdo acerca de que es imposible dar una definición precisa y exacta de una palabra que evoque un sentimiento ó un conjunto de sentimientos. ¿Qué definición, por ejemplo, puede darse á la palabra «amor», toda vez que esta pasión se manifiesta de mil maneras distintas, hasta tal punto, en ciertos casos, que se presenta bajo la apariencia de odio?

Mas en estas diversas maneras de entender el amor, sea por celos ó aun por envidia, se puede, con bastante frecuencia, determinar sus características generales; no ocurre lo propio por lo que concierne al honor. Débese esto á que el honor es, generalmente, un sis-

tema de prejuicios y convencionalismos más que un conjunto de sentimientos. Y, sin embargo, es palabra que se pronuncia más seguramente y con frecuencia, con tanto énfasis y entonación, como si cada uno supiera á qué atenerse sobre ella y sobre las obligaciones que representa; yo no he conocido punto, sin embargo, cuya concepción sea más vaga; y existen, á decir verdad, tantas especies de honor como especies de hombres. Sobre todo, la manera como las mujeres comprenden el honor es confusa y desconcertante, de tal modo es múltiple, contradictorio é incoherente. Pudiera hacerse un libro de curiosas anécdotas sobre este tema, un libro que

demostrase la vanidad de esta superstición mundanal. En este libro podría hacerse figurar la historia de la marquesa de Langallery.

La señora de Langallery, que era una joven de Nemoud y hermana del obispo de Montauban, se había casado con uno de los más ricos gentiles hombres de Angoumois. Habíase casado muy joven y tuvo un hijo que estaba educado por su tío, el obispo, y destinado á la carrera del sacerdocio.

El Sr. Langallery amaba mucho el fausto y se congratulaba en recibir, brindándola hospitalidad, á toda la nobleza de Angoumois y de Perigord. Se tenía la mesa puesta todo el año, y sus obsequios y bondades le dieron fama en el país.

Si M. de Langallery estaba considerado como uno de los hombres más galantes de la provincia, la marquezita gozaba fama de ser una de las mujeres más bellas. Tenía ella, á la sazón, treinta y cuatro años, y estaba en toda la flor de una belleza soberana. Estaba reputada por tener gran talento, un talento sin afectación que nacía de sus dotes naturales y no era una cultura asidua, porque no tenía educación y contaba con un ardor, una energía y una violencia primitiva, como veremos por lo que sigue.

Era fiel á su marido y le amaba mucho; tenía por él la mayor estimación, y en ningún caso hubiera querido ridiculizarlo, á pesar de que Angoumois estaba aún en la época de los maridos engañados; las cosas han cambiado después. Sin embargo, á pesar de su fidelidad, la señora de Langallery no dejaba de ser una dama galante; os quiero decir que ella no rechazaba las galanterías ni las propuestas de amor, y hasta sabía ser atrevida sin ofender la decencia; era, en una palabra, á propósito para conciliar sus deberes conyugales con los que le imponía su belleza.

El año en que su hijo cumplía los diez y ocho, Sr. de Langallery le hizo venir al castillo, y con este motivo celebró grandes fiestas. Entre la numerosa sociedad que había llegado, invitada por el marqués, se encontraba el Sr. de Blevre, uno de los más corteses y perfectos caballeros de las vecindades.

Pasado algún tiempo, el Sr. de Blevre

cortejó á la señora de Langallery. Esta había recibido sus homenajes y le distinguía con su favor; escuchaba sus galanteos, que eran delicados y espirituales, y se ingeniaba para responderle de la mejor manera sin disimular la satisfacción que sentía al platicar con él.

Ella le había admitido en su intimidad más completa, haciéndole su consejero en materia de gusto y de placer, y le escuchaba con complacencia. El Sr. de Blevre, que tenía un temperamento excitable y vivo, no se le ocultaba que la señora de Langallery gozaba con sus galanterías y bromas, y esperaba la ocasión de probar un día mejor su apego. Cuando se mostraba algo insinuoso, la señora de Langallery había siempre respondido de una manera ambigua y mirándole cara á cara, que sería moralmente fiel á su esposo y que, por otra parte, no quería que se desairase su galanteador.

Con escenas parecidas, que se repetían, si la honestidad de ella no se resentía materialmente, los diversos sentimientos que en su conversación se advertían hacían presumir que su espíritu decaía. Sin prometer nada, al Sr. de Blevre la señora de Langallery le había prometido mucho. ¿Cómo explicar estas promesas con la fidelidad que ella por siempre se proponía guardar? Las mujeres tienen mil medios de hacer parecer explicable lo que es contradictorio. De cualquier manera que fuese, el Sr. de Blevre se creyó en situación, ya de pedir, sino de exigir, y en esta idea aguardaba encontrar una ocasión oportuna.

Esta ocasión se la deparó una partida de caza. Sahó una mañana en compañía de todos los invitados para perseguir un corso que había sido visto en un bosque próximo.

Hallándose en lo más recio de la partida, y cuando el animal acababa de salir de su guarida, abandonó el Sr. Blevre furtivamente su puesto y, por caminos extraviados, se dirigió sin ser visto al castillo. Entró silenciosamente, á fin de que no le viesen algunos criados que habían quedado sin tomar parte en la cacería, y llegó hasta la puerta del cuarto de la señora de Langallery y se detuvo, escuchando, para saber

si estaba sola. Oyó que ordenaba á su ayuda de cámara ir á buscar algunos objetos que se hallaban en un cuarto bastante distante, y, cuando vió salir á la camarera, penetró resueltamente en el cuarto.

Encontróse á la señora de Langallery en traje harito ligero, mostrando unos encantos no muy apropiados para calmar su pasión.

Se arrodilló á sus pies pensando así aprovecharse de su sorpresa y de las buenas intenciones de que la creía animada. Pero sú asombro fué grande cuando la señora de Langallery, que había quedado sorprendida por creerle en la cacería, repuesta de su sobreexcitación, lo rechazó violentamente. Con la más viva irritación le reprochó su conducta, preguntándole si la había tomado por una mujer perdida, y roja de vergüenza se cubrió con una cortina que halló á mano.

El Sr. de Blevre le respondió dulcemente, asegurándole que había obrado obedeciendo á la violencia de un amor que ella misma había alimentado; pero la marquesa, sin querer oírle, le replicó que haría que pagase su osadía, y dijo que si allí estuvieran sus criados lo haría arrojar á palos ó tirarlo por la ventana. El Sr. de Blevre, entonces, perdió su serenidad y le reprochó su mala fe, y olvidando el respeto que debía á una señora, le acusó de no quererle otorgarle sus favores después de haberse dado á otros tal vez de más baja condición que él. Dicho esto, salió bruscamente, dejando á la señora de Langallery, presa de terrible irritación.

Montada en cólera, penetró en el cuarto de su hijo, que por sufrir una ligera indisposición no había acompañado á su padre; le contó cuanto le había pasado, vertiendo un torrente de lágrimas y mostrándose desesperada porque su hijo, por estar destinado á la iglesia, no pudiera vengar el insulto que su madre había sufrido. Sus palabras fueron tales, tan apasionadas, tan furiosas, estaba tan bella y tan dignamente colérica, que inflamó el alma del joven diácono. Se levantó violentamente, rechazó á su madre que afectaba quererlo contener, cogió una pistola que tenía colgada en la cabecera de su lecho, salió precipitadamente y se encontró en

presencia del Sr. de Blevre. Lo encontró en disposición de montar á caballo para abandonar el castillo; marchó hacia él, y cuando el señor de Blevre le salía al encuentro, le disparó la pistola á boca de jarro dejándole tumbado sobre el camino. La señora de Langallery había seguido á su hijo, y cuando vió cómo había vengado el insulto, resplandeció en un transporte de alegría, lo estrechó entre sus brazos y le dió repetidas gracias; pero su venganza no estaba aún del todo satisfecha, porque dejando á su hijo, se aproximó al cadáver del señor de Blevre, y quitándole su propia espada, le atravesó varias veces el cuerpo, insultándole atrocemente, parecida á una furia, y gritando en alta voz que había recobrado su honor.

Así, para esta dama, era honrado alentar á un hombre con sus actitudes, miradas dulces, tiernas y elegantes palabras; era honrado hacerle promesas que sabía que no había de cumplir; el honor consistía precisamente en faltar deslealmente á estas promesas, y una mujer podía llegar á los extremos citados por haber sido vista poco menos que desnuda, por un gentilhomme enamorado, á quien ella había dado la mano para después rechazarlo porque tocaba su brazo.

—Tú vez, Valle, cómo eran falsas las doctrinas de la señora de Langallery. Tú seguramente las menospreciarás, porque nuestras doctrinas, en esa materia, no son mucho más seguras, á menos que no intervenga, como yo defiendo, el honor en el ejercicio de la virtud.

—¿Y sabremos nosotros entender esa virtud?

Mi querido Valle, te contestaré que virtud es la ciencia que nos permite poner en armonía el respeto que nos debemos á nosotros mismos, con el amor que debemos á los demás, y conciliar la independencia que no es necesaria con la libertad de nuestro prójimo. Esto es, lo que equilibra en su ser y en su vida los deberes hacia uno mismo y los deberes hacia los demás, según las fórmulas de la vieja moral; tomemos un hombre virtuoso y dejemos al hombre de honor, porque no somos partidarios de los hombres de honor.